

HACIA UN INTERIOR DESCONOCIDO

Julen García Cerdá

Cuando unos dedos tocan la calma de una cara dormida, la noche se hace noche clara, borrando su profunda tiniebla en la que niños y niñas de todas las edades caen al terminar el día, dejando marcas de uñas en la pared, como presos en la cárcel contando semanas, ellos, contando metros de abismo hacia un interior desconocido.

*

Miré a unos ojos fijamente hasta que comenzaron a derretirse por la insistente luz que emanaba la mañana, mientras que en los campos del este, en ese nuevo día, empezaron a crecer jacintos de las gotas de cera.

*

Ser yo la persona que veré cada día, desligando mi cuerpo en el tiempo. Cuando esté en alto, mi cuerpo también lo estará, cuando esté enterrado mi cuerpo dejará de latir sobre la tierra para unirse a unos brazos que añoraban la tibieza de unos huesos blancos con los que dar una bienvenida de verdad.

*

Sufro la hoja que cae de su tallo en estrepitoso silencio, ese silencio atronador que solo se escucha al final.

El canto del cisne un segundo antes de la avalancha sobre el lago. El cuello blanco y esbelto del cisne reposa en clamosa paz sobre la orilla. El último vuelo de un pájaro herido por un final no correspondido, el aullido del lobo por la sangre. El amor que profesa un compañero de vida, abandonando esta por la *ausencia*.

*

Aprieto los dientes por el recuerdo, y después la punzada de la espiga clavada en el pulmón. Fue aquella vez que respiré tan hondo que casi caigo al mar. Me tragué la espina,

entró como una ráfaga de tiempo en mi boca, de golpe, sin permiso, sin la espera.

*

Como la muerte de la mariposa
después de una caricia,
el gorrión despliega sus alas
para contemplar el cielo.

*

En ese momento me miró, y su imagen se quedó clavada en mi retina. Como cuando miras mucho tiempo al sol cara a cara, fijamente, y el centelleo de la bola de fuego continúa, impregnando la realidad, pintándola como si *otro* mundo se quisiera colar en este. Aparecía delante de mí en momentos precisos, permanecía a mi lado cuando la soledad me turbaba.

*

Antes de que pudiera tocarlo con la mirada, desapareció entre la espesura de la noche. En un último instante, giró su rostro despacio en un tibio silencio, tan cuidadoso como imperceptible.

*

Ayer se acercó a mí una niña con las manos blanquitas *blanquitas* por la nieve y me contó lo especial que era estar cerca de ella. Me explicó lo *esencial* que era para la vida poder saber mirar bien a la nieve, poder cogerla del lado correcto, saber por qué parte del lago hay que caminar en invierno para no cortarte los pies. Después, no sabía cómo sentirme, empecé a crear mi propio paisaje de montañas oscuras y picos blancos, me deslicé por ellas hasta que mis pies frenaron y: lo sentí. El *tacto*, el tacto helado de un copo en forma de pétalo que se deshizo en manantial cubriendo de escarcha mis delgadas rodillas. Me arrodillé, clavado en el llano, como una estatua, rezando por su descanso eterno allá donde terminen sus pedazos, después de que vuelen sobrecogidos dentro de aquel pico, de aquel pájaro.

*

Me encuentro a la distancia justa entre un cuerpo a punto de desfallecer y su mirada alegre como un jardín repleto de jacintos a la distancia media entre su mano de agua y su boca llena de cuentos. Estoy porque me late el pecho y mis manos son blancas de corazón. Recorre mi vista un vuelo de gaviota desatando el bosque. Se desploman las ramas de mis

ojos ardientes, de unos ojos nido donde hibernan los animales salvajes.

